

*“La belleza es verdad, verdadera belleza...  
esto es lo único que sabes en la tierra y todo lo que necesitas saber”.*

*John Keats*

*“Cada uno sigue el orden de su naturaleza”.*

*Sexto Propercio*

Abordar en un texto como éste la extensa obra de Felipe Ortega-Regalado es, desafortunadamente, tan imposible como escudriñar los misterios que encierra. Querer conseguirlo, además, sería tan pretencioso como obsceno. Y, sin embargo, la sola idea de un estudio minucioso y profundo de la misma y de una disertación intelectual acerca de cada fragmento que la componen, es una tentación que sabe a miel.

Las lecciones que encierran sus trabajos constituyen, unidas, lo que podría conformar el guión de una tesis, el ejercicio de doctorado de un valiente estudioso a quien imagino romántico, multidisciplinar y con la suficiente pujanza como para manifestar la valentía que supone defender un grueso compendio de disciplinas que se agrupan de forma aparente, en solo dos: el dibujo y la pintura (incluyendo en un conjunto unitario sus excelentes trabajos en vídeo).

Tildaría de perturbadora la rivalidad entre lo arcano y lo explícito en el acto de contemplación y desguace de su obra, constructora de una acción de refinamiento que arroja un sinfín de interpretaciones y que, al tiempo, transfiere una elegante prudencia, entendida -casi- de un modo religioso. Se trata de un coloquio secreto y activo que desconcierta por chocar violentamente con el clamor que golpea al individuo que mira mediante un grito “bretoniano”, bello y convulso.

El apabullante compromiso de Ortega-Regalado por urdir el rigor, la pasión, la generosidad intelectual, la promiscuidad artística y otra serie de ingredientes, conforma siempre un resultado delicado y maestro en el que el artista otorga un grandioso culto a lo natural a base de formas caprichosas, de circunstancias enmarañadas o de fantásticos seres híbridos.

Personajes que unas veces parecen ceder a la gravedad, como la famosa “sábana de plomo” de Gilberto Zorio y otras añoran la flexibilidad que anula el hieratismo y juegan en el escenario a adoptar un imperturbable estado eréctil per saecula saeculorum. Acontezca uno u otro proceso, suceda lo que suceda, los tan minuciosamente trabajados volúmenes y superficies retrotraen al espectador a lo empírico, al estudio prueba-error y, a la vez, a lo anatómico, a los estudios naturales de Juan Eusebio Nieremberg, a la representación de una naturaleza “registrada”, desarrollada bajo un impúdico contexto que obliga a imaginar ilustraciones barrocas, exóticos parajes con habitantes independientes o que añoran aparearse. Así, la erótica oculta o explícita está absolutamente presente a través de paranomasias no literarias con similitudes que evocan y diferencias que se parecen. Escenas que insuflan pasiones próximas a lo sexual, a la carnalidad más deleitosa, al apetito más voraz.

En lo estrictamente técnico, la relación espacial normal de la perspectiva más clásica se transforma y se difumina. Los objetos que dibuja, que pinta, deambulan arrogantes o profundamente tristes, por un decorado en el que pueden presumir de ser más importantes que la realidad. Ortega-Regalado nos muestra sofisticadas imágenes "estereográficas" e impresiona de la manera más surrealista y metafísica, muy cercano en ocasiones al concepto de *dépaysement*.

Maneja el eclecticismo con respeto y reverencia. Frunce pieles vegetales, plancha arrugas animales, lastima a seres mutantes con una maldad supina. Muestra bodegones de figuras aparentemente inertes que viven o vivas que parecen querer morir. Algunas de sus composiciones forman un *all-over* técnicamente magistral, llevando al paroxismo la perfección de su técnica como dibujante. Otras, ceden protagonismo a entidades aisladas o que desean interactuar. Mata lo vivo. Resucita lo muerto. Hilvana con precisión venas y arterias, ramas y raíces, rematando detalle a detalle un todo de excepcional calidad artística. Como sucede con la belleza incontestable de la *manucodiata*, la exuberancia de cada composición no se puede revocar.

La magia con la que Felipe Ortega-Regalado consigue confundirnos a través de lo antagónico es digna de elogio. No hay más que pararse a escuchar el latido que se esconde tras ese velo evanescente con el que deja entrever la mixtura con la que muestra con su sensibilidad extrema los zarpazos del deseo.

**JAVIER UBIETA**

<http://disturbingcodes.blogspot.com.es/>